

sido hecho en una semana, tal cual él es hoy, y que ningún cambio se ha obrado en él. Nosotros decimos, por el contrario, con el Rey profeta, y cuánto ese lenguaje sublime no hace palidecer el lenguaje rastro de la falsa ciencia! «Vos, Señor, al principio habeis fundado la tierra, y los cielos son la hechura de vuestras manos. Mas ellos perecerán, y Vos subsistireis; ellos envejecerán como un vestido viejo; Vos los cambiareis, como se cambia una tienda; mas Vos siempre sereis el mismo, vuestros años no pasarán, y los hijos de vuestros siervos habitarán con Vos.» En cuanto á la indiferencia de las partes de la tierra unas respecto de otras, nosotros no nos sentimos dispuestos á reemplazarla con la atracción universal, por el amor newtoniano, que no es más que una palabra vacía de sentido y un error monstruoso, del cual todo el mundo se ruboriza hoy, y nosotros abandonamos sin temor el mundo solar y los mundos estelares á la acción divina de la impulsión y del movimiento, que han sido la consecuencia providencial del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

Es, pues, cierto, absolutamente cierto, más evidente que la luz del medio día, que el *ataque brutal* de M. Draper, que entró en palenque con todas las armas de la ciencia moderna, no ha sido más que un dardo embotado que no ha sabido ni ha podido penetrar: *Telum imbellet sine ictu*. Me obliga á exclamar con un sentimiento de gozo profundo y reconocimiento sincero, hácia el divino Salvador de los hombres: «Yo os doy gracias, oh Padre mio, por haber ocultado la verdad á los grandes y sabios, y por haberos dignado revelarla á los pequeños. Ha sido así, porque tal es vuestro beneplácito.» «Aquel que se exaltare será humillado.»

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

VERDAD ABSOLUTA DE LOS LIBROS SANTOS.

(Continuacion).

CIENCIAS GEOGRÁFICAS É HISTÓRICAS.

El Paraíso terrenal. — Génesis, cap. II, v. 8: «El Señor habia plantado desde el principio un jardín de delicias, en el cual se hallaba el hombre que él habia formado.» Versículo 9: «Y el Señor Dios hizo brotar del suelo toda especie de árboles agradables á la vista y de frutos suaves al paladar, y tambien el árbol de la vida en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.» v. 10: «Y de aquel lugar de deleites salia un río que, despues de haberlo regado, dividíase en cuatro brazos ó canales.» v. 11: «El nombre del uno es el Phison, es el nombre del río que corre en torno de la tierra de Havilah, país en el cual se encuentra el oro.» v. 12: Y el oro de aquel país es excelente; allí encuéntrase igualmente el bdelio y el onyx.» v. 13: «El nombre del segundo río es el Gehon, es el nombre del río que corre en torno de la tierra de Etiopía.» v. 14: «El nombre del tercer río es el Tigris; es el nombre del río que cruza la Asiria.» «El cuarto río es el Éufrates.» Si se interpretara este texto en el sentido de que los cuatro rios que son mencionados en él tenían realmente su manantial en un solo y mismo lugar, y que las corrientes de agua que regaban el terrestre paraíso eran en efecto el Phison, el Geon, el Tigris y el Éufrates, tropezaríase con una dificultad muy grande, ó más bien con una imposibilidad absoluta; dado que, evidentemente, en

los actuales tiempos, las fuentes ú orígenes de aquellos caudalosos ríos hállanse á una gran distancia unos de otros. No hay sitio alguno de la tierra en que los cuatro ríos susodichos, admitiendo que sean los ríos que llevan actualmente tales nombres, se encuentren en su origen ó sobre un punto cualquiera de su curso. Dichos ríos, además, dividiendo el paraíso terrenal en varias zonas distintas, hubieran sido un obstáculo insuperable en su carrera. En el sagrado texto no se trata, pues, del paso real de aquellos cuatro caudalosos ríos al través del jardín de delicias; y si ellos son citados en él, es solo para dar alguna idea de las cualidades particulares de los cuatro pequeños ríos que lo regaban. En efecto, en la lengua hebrea primitiva, los nombres propios eran unas definiciones abreviadas y significaban los efectos á las propiedades de los sugetos ú objetos. El Tigris era llamado así por razon de la rapidez de su curso. El nombre de Éufrates, que significa fructífero, caracteriza las cualidades fertilizadoras de sus aguas, cualidades que, lo mismo que respecto del Nilo, son todavía célebres hoy. Así tambien el nombre de Gehon dado al Nilo, indicaría que el Nilo alimenta al Egipto del mismo modo que el estómago alimenta al cuerpo. Por último el nombre de Phison dado al Ganges expresa, como el nombre indio actual, que dicho río va engrosando sin cesar en razon del gran número de corrientes de agua tributarias que van á arrojarse en él. Habidas en cuenta estas consideraciones, concíbese sin trabajo que los ríos ó riachuelos que regaban el jardín de Eden fueran así llamados, en razon de las cualidades particulares que los hacían eminentemente propios para embellecer y fecundizar aquel jardín. Pues bien, no deja de ser un hecho muy notable que Jerusalem nos ofrezca hoy todavía cuatro ríos ó riachuelos eminentemente á propósito para llenar aquellas mismas funciones. Todos los cuatro ríos tienen sus fuentes casi en el mismo punto, dos de ellos van á arrojarse en el Mediterráneo, y los otros dos se precipitan en el Jordan y mar Muerto. Uno de ellos, el

torrente Cedron, lleva aun hoy un nombre que, como el Éufrates, expresa la vegetacion exuberante y la sombra espesa de sus riberas. Así interpretada la descripcion del paraíso terrenal, no presenta ya dificultad alguna; ella confirma, por el contrario, el hecho por demás notable que varias otras circunstancias y una tradicion eminentemente respetable parecen indicar, es decir, que el paraíso terrenal se hallaba situado en la region que ocupa hoy la ciudad de Jerusalem; que el hombre fué redimido allí donde habia pecado; que el espíritu infernal fué vencido en el lugar mismo donde habia alcanzado su fatal triunfo; que el jardín de los olivos, teatro de la agonía del Salvador, habia sido el testigo de la tentacion; que la cruz ha sido plantada sobre el sitio mismo del árbol del bien y del mal, ocasion de la caída, y al mismo tiempo sobre el sepulcro mismo de Adán, puesto que se ha dicho hace mucho tiempo, que el Calvario (cuya palabra significa cráneo) fué apellidado así, porque el cráneo y el cuerpo entero de Adán habian sido sepultados cerca de su cumbrero. Hémos aquí, pues, conducidos á esta conclusion verdaderamente asombrosa: Jerusalem fué el lugar de la creacion del hombre y de su caída, como fué ciertamente el teatro de su redencion, como será, segun una tradicion antigua y casi universal, el teatro de la última escena del mundo, cuando, resucitado y congregado en el valle de Josafat, el género humano todo entero tendrá que rendir cuenta de los dos grandes beneficios de la creacion y redencion. «Que todos se levanten, dice el profeta Joel (cap. III, v. 12), y suban al valle de Josafat, porque allí es donde yo juzgaré á todas las naciones.»

El Diluvio de Noé. Transcribamos desde luego fielmente el relato de los Libros santos. *Genesis*, cap. VI, v. 5 y siguientes: «Dios, viendo que la malicia de los hombres era grande sobre la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón estaban siempre vueltos hácia el mal, arrepintiéndose de haber hecho al hombre sobre la tierra; y

poseido de dolor hasta el fondo del corazón, yo esterminaré, dijo, al hombre que he creado, de la faz de la tierra, y con el hombre á los animales, desde los reptiles hasta las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos creado. Mas Noé halló gracia delante del Señor... Dios le dijo: El fin de toda carne ha llegado para mí, la tierra está llena de iniquidad por su causa, y yo los exterminaré de la tierra. Házte un arca de madera labrada: harás en el arca varios compartimentos; y la impregnarás de betun interior y exteriormente. Y hé aquí cómo deberás hacerla: Su longitud será de 300 codos, su latitud de 50 y su elevación de 30. Harás una ventana en lo alto, reduciendo su ancho á un codo. En cuanto á la puerta del arca la colocarás sobre el costado: dividirás el arca en tres pisos, el primero en el fondo, otro segundo en el centro y el tercero en lo alto. Y hé aquí que yo traeré las aguas del diluvio sobre la tierra para hacer perecer toda carne que anima el soplo de vida; todo lo que hay sobre la tierra perecerá. Mas yo haré alianza contigo; tú entrarás en el arca, tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todos los animales de toda carne harás entrar dos en el arca, á fin de que ellos vivan contigo, el uno macho y el otro hembra; aves de toda especie, cuadrúpedos de todo género y reptiles de todo género; de todos los animales dos entrarán contigo, á fin de que ellos sobrevivan. Tomarás también contigo de todos los alimentos, y los almacenarás en el arca, para que te sirvan de comida á tí, á los tuyos y á todos los animales. Y el Señor dijo á Noé: Entra en el arca tú y toda tu familia... De todos los animales limpios toma siete pares (machos y hembras; mas de los animales impuros, dos pares solamente, machos y hembras. Y de los volátiles del cielo, toma asimismo siete pares, machos y hembras, á fin de que su raza sea conservada sobre toda la faz de la tierra. Porque transcurrirán aun siete días, y yo haré llover sobre la tierra por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, y exterminaré de la faz de la tierra á todas las criaturas que

he hecho. Noé hizo todo lo que el Señor le había ordenado. El tenía seiscientos años cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra... Noé y sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos entraron con él en el arca para librarse de las aguas del diluvio, y con él los animales puros é impuros, las aves del cielo y todo lo que se mueve sobre la tierra, por pares, machos y hembras, conforme lo había mandado el Señor. Y cuando los siete días hubieron trascurrido, las aguas del diluvio principiaron á inundar la tierra. El año seiscientos de Noé, el segundo mes, el día décimo séptimo del mes, todas las fuentes del grande abismo fueron rotas y todas las cataratas del cielo abiertas, y la lluvia cayó sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches... En aquel día mismo, Noé, Sem, Cham y Jafet, sus hijos, su mujer y las tres mujeres de sus hijos entraron en el arca. Ellos y los animales de todo género, los animales domésticos de cada género, todo cuanto se mueve en la faz de la tierra, según su género, todas las aves y todos los volátiles entraron con Noé en el arca, como el Señor lo había prescrito; y el Señor cerró la puerta por defuera. Y hubo sobre la tierra un diluvio que duró cuarenta días, y las aguas se multiplicaron en la superficie de la tierra, y separando el arca de la tierra, la elevaron en los aires. Porque ellas ocasionaron una inundación violenta, y lo cubrieron todo en la superficie de la tierra; y el arca era llevada sobre las aguas. Y las aguas prevalecieron con mucho sobre la tierra, y las elevadas montañas quedaron cubiertas por ellas debajo el firmamento todo entero. El arca sobrepujo quince codos á las montañas que las aguas habían cubierto. Y pereció toda carne que se mueve en la superficie de la tierra, todas las aves, los animales, las bestias del campo, los reptiles que se arrastran sobre la faz de la tierra, todos los hombres, todo, en una palabra, lo que sobre la tierra se halla animado del soplo de vida. Y Dios hizo perecer toda sustancia en la superficie de la tierra; todo, desde el hombre hasta los

cuadrúpedos, desde las aves del cielo hasta los reptiles, fué aniquilado en la superficie de la tierra. Noé permaneció solo con aquellos que estaban con él en el arca. Y las aguas ocuparon la superficie de la tierra durante ciento cincuenta días. Mas Dios, acordándose de Noé, de todos los animales y de todas las bestias de carga hizo soplar un viento en la superficie de la tierra, y las aguas disminuyeron las fuentes del abismo y las cataratas del cielo fueron cerradas, y la lluvia cesó de caer del cielo. Ellas se retiraron yendo y volviendo, y al cabo de ciento cincuenta días comenzaron á menguar. El vigésimo séptimo día del séptimo mes, el arca detúvose sobre los montes de Armenia. Mas las aguas fueron decreciendo hasta el décimo mes. El día primero del décimo mes las montañas aparecieron. Y al cabo de cuarenta días, Noé abrió la ventana del arca que él había hecho, y soltó al cuervo, que salió y no volvió, aunque las aguas no estuvieran aun secadas. Después del cuervo, soltó en seguida la paloma, á fin de ver si las aguas habían ya cesado en la superficie de la tierra. No habiendo encontrado dónde posar su pié, la paloma volvió al arca, puesto que las aguas no habían cesado de cubrir la tierra; Noé extendiendo la mano, tomóla y volvióla al arca. Después de haber aguardado todavía otros siete días, Noé hizo de nuevo salir la paloma; ella volvió á él hácia la tarde, llevando en su pico un ramo de olivo de hojas verdes. Noé comprendió entonces que las aguas habían desaparecido de la superficie de la tierra. El esperó, sin embargo, siete dias aun, y dió libertad á la paloma que desde aquel punto no volvió más á él. El año seiscientos uno, el primer día del mes, las aguas habían cesado de cubrir la tierra, y abriendo el arca, Noé pudo cerciorarse de que la superficie de la tierra estaba enjuta. El segundo mes, el vigésimo séptimo del mes, la tierra había recobrado toda su solidez. Dios habló á Noé y le dijo: Sal del arca, tú, tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos. Haz salir contigo á todos los animales de todo género que están junto á tí, así los

volátiles como las bestias de los campos y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra: tomad posesion de la tierra, creced y multiplicaos sobre ella. Noé salió, pues, y con él sus hijos, su esposa y las esposas de sus hijos. Y todos los animales, las bestias de carga, los reptiles que se arrastran sobre la tierra, cada uno segun su género, salieron igualmente del arca. Noé entonces levantó un altar, y tomando un par de todos los cuadrúpedos y de todas las aves puras, ofreciólos en holocausto sobre el altar. Y el glor suave de aquel sacrificio fué agradable al Señor, que exclamó: Yo no maldeciré más la tierra; no me enojaré ya contra los hombres; porque harto cierto es ¡ay! que los afectos y los pensamientos del corazon humano son propensos al mal desde la adolescencia; no haré, pues, más perecer toda alma viviente, como acabo de hacerlo, durante todos los dias de la tierra. La siembra y la siega, el frio y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día, no cesarán jamás de sucederse.»

Tal es la narracion de Moisés en su admirable simplicidad. Es la reseña ingénuu, clara y metódica de un hecho anunciado de antemano con su causa, la corrupcion general del linaje humano provocando la cólera de Dios. Los detalles del acontecimiento halláanse unidos, enlazados y descritos de la manera más positiva. Moisés, por lo demás, por confesion de todos, es un hombre eminentemente respetable, de un grandísimo mérito, profundamente instruido, y en cuyos escritos, nada, absolutamente nada hace sospechar el fraude. Si él hubiera inventado el hecho del diluvio universal, ¿acaso los hebreos lo hubieran admitido tan fácilmente? ¿No hubieran ellos invocado por ventura algunos monumentos, algunas inscripciones, algunos libros aun para manifestar á la faz del universo entero la falsedad del relato de aquel? Pues bien, muy lejos de ello, un gran número de escritores biblicos hicieronse ecos fieles del grande hecho milagroso del diluvio; él nos es atestiguado por una tradi-

cion imponente y por el testimonio mismo del Salvador de los hombres. Yo me hago un deber de reproducir aquí los pasajes de los Libros santos relativos al diluvio, porque ofrecen la inmensa ventaja de unir dicho suceso en su origen con un lazo continuo é indisoluble que nos lo hace en cierto modo tocar con el dedo, y hace toda duda imposible. Salmo XXVIII, v. 10: «El Señor ha hecho habitar el diluvio sobre la tierra.» Salmo XXXI, v. 6: «Las grandes aguas del diluvio no se acercarán á él.» Eclesiástico, cap. XLI, v. 18 y siguientes: «Noé ha sido encontrado justo y perfecto, y en el tiempo de la ira ha venido á ser la reconciliacion: por eso fué dejado como un residuo sobre la tierra cuando llegó el diluvio. Él ha sido el depositario de las alianzas hechas con el mundo, á fin de que todas las cosas no fueran exterminadas por el diluvio.» Isaías, cap. LIV, v. 9: Esto es para mí como en los días de Noé, á quien juré que no volvería á traer más las aguas del diluvio sobre la tierra.» Nahum, cap. I, v. 8: «Con un diluvio pasajero él cambiará la faz de este lugar.» Ezeq., cap. XIV, v. 14: «Si estos tres hombres justos, Noé, Daniel y Job se hallaren en medio de ella, ellos mismos con su justicia librarán sus almas.» Math., capítulo XXIV, v. 37 y siguientes: «Como sucedió en los días de Noé, así sucederá en los días de la venida del Hijo del hombre. Ellos comían, bebían, desposábanse y eran desposados, hasta el día en que Noé entró en el arca. El diluvio vino y los engulló á todos.» Epístola á los Hebreos, capítulo XI, v. 7: «Por la fé, Noé habiendo tenido la seguridad de lo que no se veía aun, poseído de un santo temor, construyó el arca para la salvacion de su familia, condeñando así al mundo, y constituyéndose heredero de la justicia que nace de la fé.» 1.ª Epístola de san Pedro, capítulo III, v. 20: «Los cuales fueron incrédulos en otros tiempos, cuando desafiaban la paciencia de Dios en los días de Noé, á la sazón en que se fabricaba el arca, en la cual un corto número, ocho almas en todo, fueron salvados de las aguas.» 2.ª Epístola de san Pedro, cap. II, v. 5: «El

no perdonó al mundo primitivo, mas guardó con siete más á Noé, el heraldo de la justicia, sumergiendo en el diluvio el mundo de los ímpios.»

¿No es evidente que esas alusiones tan frecuentes al diluvio de Noé lo constituyen en el caso de hecho solemne y auténtico que no pudiera ponerse en duda de buena fé?

Josefo, el historiador de los judíos, se ha hecho el eco fiel de la reseña bíblica, en términos que atestiguan una confianza absoluta en la opinion pública familiarizada con el recuerdo del diluvio, y que excluyen hasta la idea de una fábula ó aun de una leyenda popular. Nosotros nos hacemos un deber de reproducir sus palabras (*Antigüedades*, cap. VI): «Dios habiendo dado la señal y soltado la rienda á las aguas á fin de inundar la tierra, estas se elevaron por una lluvia continua de cuarenta días, hasta quince codos más arriba de las más elevadas montañas, sin que dejaran lugar alguno donde poderse esconder y salvarse. Despues que la lluvia hubo cesado, trascurrieron ciento y cincuenta días antes que las aguas se retiraran, y el vigésimo séptimo día solamente del séptimo mes, el arca se paró sobre la cima de un monte de Armenia... Los armenios han denominado aquel lugar *descenso ó salida*, y los habitantes muestran en él todavía algunos restos del arca.» Todos los historiadores, aun bárbaros, hablan del diluvio y del arca, entre otros, Beroso el caldeo. Hé aquí sus palabras: «Dícese que se ven todavía algunos restos del arca sobre la montaña de los cordianos en Armenia, y algunos traen de aquel punto pedazos del betun de que estaba impregnada, y se sirven de él como de un preservativo.» Jerónimo el egipcio que escribió las antigüedades de los fenicios, Mnaseas y varios otros hablan de él igualmente. Nicolás de Damasco, en el libro octogésimo sexto de su historia, se expresa en estos términos: «Hay en Armenia, en la provincia de Miniade, una elevada montaña nombrada Baris, donde se dice que algunos se salvaron durante el diluvio,

y que un arca, cuyos restos hánse conservado durante muchos años, en la cual un hombre se hallaba encerrado, se detuvo sobre las cimas de dicha montaña. Hay alguna apariencia de que dicho hombre sea aquel del cual habla Moisés, el legislador de los judíos. En el temor que experimentó Noé de que Dios hubiera resuelto inundar la tierra todos los años... ofreció algunas víctimas, para rogarle que no variara en nada el orden que él había primeramente establecido... Como Noé era un hombre justo, Dios sintióse tan movido por su súplica, que le concedió lo que le pedía...»

Filon el judío no es menos explícito en su creencia entera en el relato de los Libros santos y en el testimonio de una tradición no interrumpida. Su narración ofrece algunas particularidades notables, de las cuales creo deber tomar acla...

«Después de haber preparado su comida, él introdujo en dicho recinto los animales machos y hembras de todas las especies, sea terrestres, sea volátiles, á fin de perpetuar las razas. Él conocía la divina clemencia que deseaba cuando menos la conservación de los géneros en el caso en que ciertas especies desaparecieran, y que nada de las obras divinas viniera á faltar. Sucedió que ningún animal hizo resistencia; las bestias fieras amansábanse de repente, según á su salvador, como un rebaño sigue á su pastor. Después que todos esos seres estuvieron reunidos en un lugar de refugio, pudiérase decir que él era el universo entero, puesto que encerraba tantas especies diferentes de animales, como podían encontrarse sobre el globo, y como pudieron encontrarse en lo sucesivo. Es cosa que razonamiento alguno pudiera hacer comprensible.

«Las esperanzas humanas no quedaron defraudadas, dado que aquel espantoso prodigio desapareció con el decrecimiento gradual de las aguas. Las lluvias cesaron, y las aguas retirándose de todas partes. Unas se arrojaron en las cavernas y abismos de la tierra, y otra porción en los aires, atraídas por los rayos del sol.... La

tierra apareció de nuevo como el primer día de la creación.»

Todos los historiadores, todos los escritores, las crónicas y las tradiciones de todos los pueblos están contentes en su afirmación del diluvio. En la *Biblia sin la Biblia* del abate M. Gaiet (2.ª edición tom. I, páginas 171 y siguientes), pueden leerse los testimonios de la Crónica pascual, de Cedreno, Beroso, Alejandro Polyhistor, Abydeno, Apolodoro, Platon, Ovidio, Luciano, Plinio, etc., etc., de los persas, egipcios, indios, chinos, japoneses, siameses, tártaros, lapones, mejicanos, aztecas, mandanes, sioux, polinesios, michoacanos, macedases, pieles-rojas, caribes, apemeanos, etc. Empero, ya en sus tiempos san Epifanio decía: Nosotros no tenemos necesidad de reproducir sus testimonios, *puesto que su tradición es la que nos ha sido conservada*. Baste atestiguar que no hay pueblo alguno, que no hay lugar alguno de la tierra que no haya suministrado su testimonio más ó menos claro, en favor del grande acontecimiento. Sin duda que, más de una vez, ciertas circunstancias extrañas parecen embarazar y desfigurar el hecho principal; mas para el observador juicioso y atento, estas ligeras discordancias no serán de ningún modo un motivo de extrañeza; ello nada tiene que no sea muy natural y necesario, al paso que lo que hay de sorprendente y de verdaderamente extraordinario es el gran número de circunstancias concordantes en esa inmensidad de testimonios, sobre un suceso acaecido hace más de cuatro mil años. Esa unanimidad, esa universalidad en los recuerdos, no pueden evidentemente explicarse más que por la realidad de la catástrofe, que ha permanecido grabada en la memoria de los pueblos aterrados.

En diciembre de 1872, en la reunión de la Sociedad de Arqueología bíblica, bajo la presidencia de sir Enrique Rawlinson, M. Jorge Smith, del British Museum (Museo Británico), dió lectura de una memoria esperada con grande anhelo por el mundo sabio, sobre la inscripción cunei-

forme, descriptiva del diluvio, descubierta hace algunos años sobre las tablillas asirias de la Biblioteca de Sardanápalo, reunidas en el palacio de Ninive, unos 700 años antes de la era cristiana. Dicho monumento constituye una larguísima leyenda, cuyo héroe, Izdubar, vivia poco despues del diluvio. El centro de sus hazañas era la ciudad de Erech, ahora apellidada Warka, que debe haber sido una de las más antiguas ciudades del mundo. Cuatro ciudades solamente son nombradas en dichas inscripciones, Babel, Erech, Sarepart y Nipra. Dos de estas ciudades, Babel y Erech, son las dos primeras capitales de Nemrod, la última, Nipra, segun el Talmud, es Chalae (Chalé), la cuarta ciudad de Nemrod. Los babilonios creian en la existencia de un patriarca llamado Sisit, el Xisuthrus de los griegos, el Noé de los hebreos, que se suponía habia alcanzado la inmortalidad sin pasar por la muerte. Izdubar, habiendo caído enfermo, resolvió ir en busca de Sisit, para saber de él de qué manera habia llegado á ser inmortal. Despues de haber ido errante por largo tiempo, encontró un marino llamado Ur-Hamsi, nombre análogo al Orichamus de los griegos. Izdubar y Ur-Hamsi construyeron un buque, se embarcaron, navegaron durante un mes y medio, y llegaron á un país situado cerca de la embocadura del Éufrates, donde Sisit debia habitar. Ellos le encontraron en efecto; Izdubar pregunta á Sisit cómo ha venido á ser inmortal. Sisit en su respuesta refiere la historia del diluvio. No reproduciremos dicho texto por demás mutilado, mas sin embargo inteligible en sus pormenores y conjunto. Podrá leersele en el *Diario oficial* del 9 de diciembre de 1872, ó en los *Anales de filosofía cristiana* de M. Bonnety, cuaderno de diciembre de 1872. En él se hallarán, no sin alguna sorpresa, con un colorido local muy marcado, todas las circunstancias del relato mosaico: la depravacion del linaje humano, la amenaza, la construccion del arca y sus dimensiones, la entrada del arca y su clausura, la lluvia copiosísima del cielo, la inundacion, la tierra esplendente trocada en un abismo, las aguas tocan-

do al cielo, todo el pueblo sumergido, el viento que viene á secar la tierra, el arca detenida por la montaña Nizir, el cuervo viviendo de los cadáveres que flotan sobre las aguas, la paloma dos veces soltada, la salida del arca, el altar, el olor agradable del sacrificio, etc., etc.

El texto original, que no puede datar, segun M. G. Smith, de menos de diez y siete siglos antes de J. C., parece haber sido escrito en semítico babilonio; la traduccion, en caracteres cuneiformes, fué grabada sobre doce tablillas, cada una de las cuales ostenta uno de los signos del zodiaco. Y, circunstancia verdaderamente extraordinaria, la reseña del diluvio hállase escrita sobre la undécima tablilla, ilustrada con el signo del Acuario, constelacion que, en 2800, fecha que es á corta diferencia la media entre las fechas asignadas al diluvio por las diversas versiones de la Biblia, pasaba al meridiano por encima del polo, cuando α del Dragon pasaba al meridiano debajo del polo. M. Piazzí Smyth ha atestiguado aun que en dicha época, el meridiano de la gran Pirámide cortaba el orificio del vaso de donde sale el chorro de agua. Pues bien, sabíase, muchos antes de dichos testimonios, que la constelacion del Acuario, en las tradiciones de casi todos los pueblos, los chinos, los caldeos, los egipcios, los griegos, etc., se halla unida por un lazo íntimo, como por una relacion de causa ó efecto á la catástrofe del diluvio. Dadas tales condiciones, la coincidencia indicada por M. G. Smith tiene á todas luces una grandísima importancia.

Es, pues, cierto, absolutamente cierto, que todas las naciones atestiguan el hecho de un diluvio que sumergió la tierra entera, y cuya tradicion encuéntrase no solo en las historias, si que tambien en las mitologías de todos los pueblos del mundo. Lo verdaderamente asombroso es que todas ó casi todas dichas tradiciones fijen el acontecimiento hácia el mismo tiempo, debiendo añadir que ellas no concuerdan menos bajo otro punto tan esencial, y aun más esencial si cabe, á saber: que el género humano fué

destruido por el diluvio, á excepcion de algunos individuos, y que esa destruccion fué el castigo impuesto á una raza de hombres impíos. Hé aquí cómo el gran Cuvier resume ese testimonio del universo entero: «Varios pueblos han conservado un recuerdo más ó menos confuso de aquella catástrofe, donde vuelve á principiarse necesariamente la historia de los hombres, tal como la noticia de ella nos ha sido transmitida; siendo cosa por demás notable, que aquellos de los pueblos que mantuvieron menos relaciones entre sí, conengan sin embargo en colocar aquel suceso aproximadamente en el mismo tiempo, es decir, de cuatro á cinco mil años antes de la era presente (1820). Sabido es de todos, en efecto, que los libros de Moisés, segun el texto de los Setenta, el que alarga más el intervalo entre el diluvio y nosotros, no hacen remontar el diluvio más que á 5340, y segun el texto hebraico, cuya cronología es la más corta, á 4168, segun el cálculo de Usserius, ó á 4393, segun el de Freret: más lo que no se ha notado, es que las fechas atribuidas á dicha catástrofe por los caldeos, los chinos, los indios y los griegos, son á corta diferencia las mismas.» (*Discurso sobre la Revolucion del Globo.*)

¿Acaso no es menester que ese acuerdo de las tradiciones esté bien establecido, para que no haya podido ser negado por algunos hombres, tales como Bailly, Freret, Boulanger, etc., eminentemente competentes, pero que hacian gala de incredulidad? Hé aquí sus testimonios verdaderamente abrumadores: «¿Por qué, dice Bailly, en sus *Cartas sobre las ciencias*, la efusion de agua es la base de todas las fiestas antiguas? ¿A qué vienen esas ideas de diluvio, de cataclismo universal? ¿Por qué esas fiestas que no son más que unas conmemoraciones? Los caldeos tienen su historia de Xixuthros, que no es más que la de Noé adulterada; los egipcios decian que Mercurio habia esculpido los principios de las ciencias sobre unas columnas que podrían resistir al diluvio. Los chinos tienen tambien su Perrun, mortal querido de los dioses, que es-

capa en una barca á la inundacion general. Los indios refieren que el mar ha cubierto é inundado la tierra á excepcion de una montaña hácia el norte; una sola mujer con siete hombres se refugiaron en ella; habianse igualmente salvado allí dos animales de cada especie.» Bailly infiere de dicha creencia la verdad de un diluvio universal que los hombres no hubieran podido imaginar, si no hubiera sido real, y cuya tradicion háse conservado entre todos los pueblos.

«La idea del diluvio, dice Freret, tal como nosotros la hemos recogido de los diferentes pueblos, es la tradicion de un hecho histórico. No se procura ciertamente perpetuar la memoria de aquello que no ha sucedido. Esas historias diferentes respecto de la forma, pero parecidas en cuanto al fondo, que presentan un mismo hecho, en todas partes adulterado, más donde quiera conservado, parecen una prueba de la verdad de tal hecho.»

«Preciso es, dice Boulanger, aceptar en esas tradiciones de los hombres un hecho cuya verdad sea universalmente reconocida. ¿Cuál es ese hecho? Yo no acierto á ver otro cuyos monumentos sean más generalmente atestiguados que aquellos que nos transmitieron el eco de esa revolucion física que, segun se dice, cambió en antiguos tiempos la faz de nuestro globo, y que dió lugar á una renovacion total de la sociedad humana. En una palabra, el diluvio paréceme la verdadera época de la historia de las naciones. No solamente la tradicion que nos ha transmitido aquel hecho es la más antigua de todas, sino que tambien es clara é inteligible; ella nos presenta un hecho que puede ser justificado y confirmado: 1.º por la universalidad de los sufragios, puesto que la tradicion de dicho hecho encéntrase en todas las lenguas y paises del mundo; 2.º por el progreso sensible de las naciones, y la perfeccion sucesiva de todas las artes, etc. El ojo del físico ha hecho notar los monumentos auténticos de aquellas antiguas revoluciones; él las vé grabadas en todas partes con caracteres indelebles.

«Así, la revolución que sumergiera nuestro globo, ó lo que se ha llamado el diluvio universal, es un hecho que no es posible recusar, y que debería forzosamente ser creído, aun cuando las tradiciones no nos hubieran conservado su recuerdo.»

Concluamos, pues; las tradiciones del mundo entero, la historia del origen de todos los pueblos conservada en la memoria de todas las generaciones, y ante todo y sobre todo el relato inatacable del Génesis demuestran invenciblemente que un diluvio universal destruyó la raza humana toda entera, á escepcion de Noé solo, y que dicho diluvio, sobrevenido en la época fijada por la cronología bíblica, fué acompañado de todas las circunstancias de que lo rodea el historiador sagrado.

Antes de ir más lejos, y, á fin de hacer comprender mejor la indole verdadera del diluvio mosaico; á fin de demostrar con mayor exactitud que aquella inundacion extraordinaria, así como las circunstancias que la acompañaran, no se hallan en manera alguna en contradiccion con las leyes y los hechos de la ciencia, planteemos algunas cuestiones fundamentales.

I. ¿Cuál pudo ser y cuál fué la fuente de las aguas diluvianas? Uno de mis respetables colegas, el abate M. Ed. Lambert, doctor en teología, miembro de la Sociedad Geológica de Francia, autor de varias obras, *Elementos de Geología y de Botánica, el Diluvio Mosaico* (Paris, Victor Palmé, 1870), declara (página 386, línea 11) que le es imposible el hacerse cuenta de la inmensa cantidad de agua que fué menester juntar para que la tierra entera quedara sumergida hasta la altura de quince codos más arriba de las más elevadas montañas del globo. «Preciso hubiera sido para ello, dice él, que Dios creara nuevas aguas; las que estaban esparcidas sobre la tierra, y todas las desparramadas por la atmósfera no hubieran bastado para tal fin. Preciso era, además, hacer desaparecer aquellas aguas que no hubieran podido ser con-

nidas en los recipientes que Dios habia criado el dia de la creacion. Menester era otro milagro de evaporacion, porque la hipótesis de las aguas subterráneas contenidas en vastos receptáculos en el seno de la tierra, y de las cataratas celestes en las cuales las aguas hubiéranse refugiado despues del diluvio, no es más que un parto de la imaginacion.» Ese lenguaje nos sorprende y aflige. Esa repulsion del milagro, bajo la pluma de un doctor en teología, es para mí cuando menos extraño. Es imposible, absolutamente imposible, el separar del diluvio la triple série de milagros los cuales M. Lambert da tan de barato, y que osa proclamar *al menos inútiles*, aunque ellos estén tan formalmente afirmados. El diluvio fué milagroso en su causa, en su razon de ser, la voluntad de Dios resuelta á hacer perecer al linaje humano, en su amenaza, en su anuncio, formulados cien años de antemano. Pues bien, estos primeros milagros que el abate M. Lambert no niega ciertamente, suponen y llaman á todos los demás. El diluvio fué milagroso en su agente, una lluvia extraordinaria y divina de cuarenta dias y de cuarenta noches. (Cén., cap. VI, v. 20). «Yo, dice el Señor, yo lloveré sobre la tierra durante cuarenta dias y cuarenta noches, y exterminaré de la faz de la tierra toda sustancia creada por mí.» En mi conviccion personal, las fuentes del grande abismo y las cataratas del cielo son manantiales de agua tomados fuera de aquellos que se encuentran en la superficie y en el interior de la tierra. En el lenguaje del Génesis, la palabra *abismo* significa una aglomeracion de materia disgregada; las aguas del diluvio comprenden así las aguas inferiores esparcidas en la atmósfera de la tierra, como las aguas superiores esparcidas en el firmamento ó los espacios celestes. El texto sagrado dice, en efecto, de la manera más explícita, cap. VI, v. 20: «Yo lloveré sobre la tierra y lo exterminaré todo;» cap. VII, v. 11: «Todas las fuentes del grande abismo y las cataratas del cielo se han abierto, y la lluvia ha caído sobre la tierra;» y cap. VIII, v. 2: «Las fuentes del grande abismo y las cataratas del

cielo se han cerrado y *la lluvia del cielo ha cesado.*» Lo que dan cabalmente las cataratas y los abismos, es, pues, *la lluvia del cielo*, una lluvia extraordinaria, divina, cuyos elementos naturales, en aquella época de la constitucion de la tierra, existian en la atmósfera y en el espacio. Hé aquí, segun el Génesis, el agente de la inundacion mosaica. ¿Tengo acaso necesidad de recordar que en todas las tradiciones humanitarias, en Josefo, en Filon, en la leyenda asiria, es solo cuestion de lluvia, en todas partes la lluvia, siempre la lluvia? Repitámoslo todavia, la atmósfera terrestre y tal vez los espacios celestes eran enteramente distintos de lo que ellos son hoy. Antes de la creacion de Adan, segun el texto sagrado, no habia aun llovido sobre la tierra (cap. II, v. 5), *Non enim pluerat Dominus super terram*. El manantial que regaba la tierra y servia sobradamente con la humedad de la atmósfera para el sostenimiento del reino vegetal, surgia de la tierra; *fons ascendebat a terra, irrigans universam superficiem terrae*. Creo poder admitir que esa ausencia de lluvia aérea, que pudiera acaso explicarse, lo mismo que la vida incomparablemente más larga de los primeros patriarcas, por la temperatura más elevada de una atmósfera cargada de vapores de agua, más rica en ácido carbónico disuelto y menos rica en oxígeno, continuó hasta el diluvio; y hé aquí cómo, para el hombre que no habia podido verlo, á la sazón en que no llovia, el arco iris hubiera sido un fenómeno verdaderamente nuevo, apto para ser la señal de una nueva alianza. Lo que me confirma en esta manera de ver, es que no se trata de ningun modo antes del diluvio de estaciones diferentes, de alternativas de frio y calor, etc. Solamente despues del sacrificio de adoracion de Noé, al salir del arca, es cuando encontramos estas palabras, admirables en su simplicidad: «Desde ahora y por toda la duracion de la tierra, la época de la siembra y la de la cosecha, el frio y el calor, el verano y el invierno, la noche y el dia se sucederán sin interrupcion.»

El abate M. Lambert va muy lejos cuando dice: «Por las

cataratas del cielo debe entenderse las aguas esparcidas en la atmósfera bajo la forma de vapores y nubes, y por la palabra abismo la inmensidad de los mares. La razon no puede admitir otra interpretacion.» Y va tanto más allá, en cuanto considera el asunto bajo las condiciones de atmósfera, de tierra y agua en que nosotros nos hallamos hoy. Bajo tales condiciones, en efecto, él haria imposible, absolutamente imposible, ya el diluvio universal del Génesis, tomado al pié de la letra, ya las más elevadas montañas del globo cubiertas por las aguas, ya su diluvio universo-parcial, del cual tendremos que hablar muy pronto, con una inundacion general de 3 á 400 metros. En efecto, yo leo en Bertrand, *Cartas sobre las Revoluciones del globo*, edicion de M. José Bertrand, de la Academia de Ciencias, pág. 311, línea 28: «El peso total de la atmósfera (aire y agua) es, pues, igual al peso de una masa de agua suficiente para rodear la esferoide terrestre á diez metros de elevacion.» Bien es verdad que M. Lambert hace intervenir tambien las aguas de la tierra y de los mares, mas él olvida por una parte que toda el agua del diluvio, segun el texto sagrado y todas las tradiciones, fué agua de lluvia caida del cielo, y por otra parte que su *diluvium*, que él pretende haber sido depositado por el diluvio, es un depósito de agua dulce. Forzoso es, pues, convenir en el milagro del medio; entender por abismo las aguas superiores del firmamento, de esa atmósfera más ligera y más ignea, á la cual algunos sabios ilustres, Newton, Herschell y Quetelet, atribuyen 800 kilómetros de elevacion, que recuerdan al parecer las atmósferas de hidrógeno que la ciencia del dia descubre en torno del sol y de las estrellas, y admitir, conforme nosotros hemos dicho con la mayoría de los geólogos, por ejemplo, con M. de Homalius de Halloy, *Elementos de Geología*, edicion de 1862, pág. 491, una diferencia esencial entre los dos estados de la atmósfera antes y despues del diluvio. Yo debo llamar la atencion del lector sobre estos dos textos tan terminantes del Génesis, c. IX, v. 11 y 15.

Después de haber dicho en el primero de ellos: *Toda carne no será nunca más consumida por las aguas del diluvio, no habrá ya desde ahora diluvio alguno que disipe la tierra*; Dios dice en el segundo: *Ya no habrá jamás desde ahora aguas diluvianas capaces de destruir toda carne*; lo cual me siento inclinado á interpretar así: La cantidad de las aguas de la atmósfera y del cielo, al menos en las condiciones en que estas aguas se encuentran actualmente, será insuficiente para ser el agente natural de una inundacion comparable á la del diluvio. Si el sistema de M. Lambert fuera cierto, dicha asercion de los Libros santos sería falsa, puesto que sus aguas diluvianas esparcidas, sea por la atmósfera, bajo la forma de nubes ó de vapores, sea en la inmensidad de los mares y las profundidades de la tierra, están siempre allí.

Después del milagro de la inundacion viene el milagro de la evaporacion y desaparicion de las aguas, Génesis, cap. VIII, v. 1: «Dios hizo venir el espíritu sobre la tierra, y las aguas disminuyeron.» ¿De qué espíritu habla la santa Escritura? ¿Es acaso de aquel que en el origen de los tiempos vagaba sobre las aguas; y será necesario admitir que, por su intervencion sobrenatural, las aguas remontáronse á los espacios celestes en un estado que nos es desconocido? ¿Trátase simplemente, por el contrario, de un viento impetuoso que Dios hizo soplar en el momento deseado, para evaporar las aguas? El viento es, en efecto, un medio poderoso de desecacion. La evaporacion, por otra parte, era en gran manera favorecida por el poder absorbente del sol. Varios sabios no temen en afirmar que la tierra toda entera pudiera absorber cincuenta océanos como los nuestros, y que de hecho, ella ha absorbido ya la quincuagésima parte de las aguas que la cubrían primitivamente, esperando que su poder de absorcion, continuando á ejercerse incesantemente, la haya desecado por completo, como ha sucedido ya en gran parte en el planeta Marte, y en totalidad respecto del satélite de la tierra, que no presenta ya huella alguna de agua en su superficie.

¿Fué el diluvio universal, es decir, cubrieron las aguas la tierra entera, el globo entero, ó ellas no inundaron más que la tierra á la sazón habitada por el linaje humano? La respuesta á esta cuestion no puede ser dudosa *la universalidad* absoluta del diluvio se halla proclamada en alta voz por el texto del Génesis ó la narracion de Moisés, por la tradicion de los pueblos y por la imposibilidad de conciliar el diluvio parcial con los hechos del relato bíblico.

1.º El texto del Génesis. Moisés para describir su diluvio, hace uso de términos tales, que, en el caso en que él hubiera querido expresar su universalidad absoluta, no hubiera podido inventar otros más significativos y enérgicos. Moisés, en efecto, hace decir á Dios que él quiere exterminar de la faz de la tierra á los hombres, los animales, los reptiles, y *hasta las aces del cielo*. Pues bien, ese esterminio sólo podia tener lugar bajo la condicion de una inundacion general, que cubriese todos los lugares en que los animales terrestres y las aves del cielo hubieran podido encontrar un refugio. Así es solamente, siguiendo la afirmacion de Moisés, como el diluvio envolvió en sus estragos toda sustancia que vivia en la superficie de la tierra desde el hombre hasta el animal, desde el reptil hasta el ave del cielo. ¿Es posible, por ventura, afirmar con mayor claridad la universalidad del diluvio, que diciendo: *Las elevadas montañas fueron cubiertas de agua debajo del cielo todo entero?* ¿BAJO TODA LA BÓVEDA DEL CIELO? ¿qué más pudiera decirse?

2.º La tradicion. Ella afirma un diluvio universal que hizo perecer el género humano todo entero. Si es cierto que ella prueba la realidad del diluvio, cierto es en el mismo grado que prueba el diluvio universal.

3.º La incompatibilidad de un diluvio particular con la narracion de Moisés. Si este hubiese tenido en su pensamiento un diluvio local, ¿acaso hubiera hecho obrar á Dios contra las leyes de la razon? Porque ¿qué necesidad había de hacer construir un arca y hacer acudir á ella

todos los animales, para evitar un diluvio que no debía inundar más que una parte muy pequeña de la tierra? ¿No era mucho más razonable invitar á las personas, á las cuales se quería salvar, á emigrar en los países que no estaban todavía habitados y sobre los cuales el diluvio no debía desencadenarse? Y esto tanto más en cuanto Dios les había prevenido con mucho tiempo de anticipación, y que les quedaban aun cien años que vivir, es decir, mucho más tiempo del necesario para ir al confin del mundo.

En la primera edición de su *Diluvio* (in 8.º, 133 páginas, París, Savy, 1868), página 114, líneas 25 y siguientes, el abate M. Lambert había llegado al extremo de decir: «Nadie se preguntaba, y nadie podía hacerlo, á la sazón en que la ciencia no existía todavía, cómo era posible que la tierra fuese inundada de tal suerte, que todo el globo había desaparecido por completo debajo de las aguas, lo cuales *contrario á todas las leyes de la hidrostática*. No se procuraba explicar el fenómeno; admittíase la universalidad absoluta.» Esta afirmación, puramente gratuita, de que la tierra enteramente cubierta de agua es contraria á las leyes de la hidrostática, me asombró y aterró, y creí que debía refutarla. «¿Quién, pues, ha establecido que una elipsoide poco más ó menos de revolución, ó aun con tres ejes desiguales, no pudiera mantenerse en equilibrio si estuviera enteramente cubierta de agua, ó si aun se hallara en el estado líquido? A. Jacobi y Liouville demostraron lo contrario. Y por otra parte, el equilibrio ha existido para la tierra antes de su paso, hipotético ó real, del estado líquido al estado sólido, por ejemplo, antes de la separación de los continentes, cuando las aguas todo lo invadían. ¿Por qué, pues, dicho equilibrio no hubiera subsistido despues de la grande inundación del diluvio? Yo he escrito algunos tratados completos de mecánica; he leído cuanto se ha escrito sobre dichas cuestiones, y en ninguna parte he encontrado esa afirmación tan arbitraria y terminante.» Para mayor seguridad, quise consultar á uno de los

maestros de este ramo de la ciencia, el sabio colaborador de sir William Thompson, en su gran tratado de *Filosofía natural*; y M. Tait me contestó con fecha del 18 de Abril de 1869: «Nada impide que la tierra entera hubiese conservado su condicion de equilibrio con una capa de agua de 8, 16 ó 30 kilómetros, cubriendo toda su superficie.» M. Tait añadió: «La depresion repentina de una extension suficiente del continente produciria un lago capaz de sepultar las cimas de las más altas montañas, sin que *las condiciones esenciales del equilibrio hidrostático* pudiesen fallar.» ¡Y el abate M. Lambert osaba invocar las leyes de la Hidrostática!!!

Esta segunda afirmacion de la carta de M. Tait podiera servir en caso necesario para solventar otra objecion. En mi conviccion íntima, tal como ya la he expresado, la fuente única ó principal de las aguas del diluvio, fué una lluvia misteriosa en su origen y milagrosa en su abundancia. Pues bien, parece casi imposible el concebir que pueda caer en cuarenta dias una lluvia capaz de cubrir las cimas de las montañas de 4 y 8 mil metros de elevacion. Yo he respondido ya que la ciencia no nos ha revelado todavía el secreto de las aguas superiores del firmamento ó de los espacios celestes, y que Dios podia muy bien tener alli en reserva provisiones de agua de las cuales nosotros no tenemos idea alguna. Empero, hé aquí una respuesta muy accesible á la inteligencia ó á la imaginacion. Los partidarios más convencidos de la teoría de los levantamientos admíten que las enormes dislocaciones, erupciones ó acumulaciones, que dieron origen á las inmensas cordilleras de montañas de la Europa central, los Alpes, de la América central, los Andes y del Asia central, el Himalaya, son relativamente recientes y contemporaneas, ó poco menos, de la gran catástrofe del diluvio. M. Elias de Beaumont no vacilaba en afirmar que el hombre había sido testigo del levantamiento de los Alpes y Andes, y que dichos levantamientos, en globo ó separadamente habían podido ser la causa del diluvio, atendido que las

aguas del mar impelidas por la depresion repentina del suelo, lo hubieran inundado todo. En esa hipótesis, las aguas subterráneas del globo hubieran representado, junto con la lluvia atmosférica, un papel importantísimo en la inmensa inundacion. Empero, la teoría de los levantamientos, al menos en su aplicacion al diluvio, no me parece en manera alguna probable. Páreceme mucho más natural hacer servir la inmensa inundacion del diluvio para la explicacion de los levantamientos ó de las acumulaciones que determinaron las dislocaciones colosales que, segun la ciencia demuestra, fueron contemporáneas ó poco menos del diluvio. Bajo la inmensa presion de una columna de agua de muchos miles de metros, la poderosa absorcion del suelo debió alcanzar proporciones extraordinarias; y al contacto del fuego central cuya existencia es generalmente admitida, la masa de agua absorbida, reduciéndose de improviso en vapor, debió ocasionar erupciones volcánicas tan extraordinarias en su clase, como la inundacion diluviana. Acaso yo me ilusione, mas páreceme mucho más científico, mucho más racional, mucho más conforme igualmente con el texto del Génesis, el atribuir los levantamientos de las elevadísimas cordilleras de montañas á la accion de las aguas diluvianas, que el explicar las aguas diluvianas por los levantamientos. Y, por lo mismo que las alturas de 4 á 8 mil metros que se observa hoy en la superficie del globo no existian tal vez antes del diluvio, que ellas son el resultado ó la consecuencia del diluvio, y que las montañas primitivas de la tierra no tenian acaso nada de excesivo, —la cantidad de agua requerida para la inundacion del diluvio universal disminuye en una proporcion enorme, y entra mucho mejor en los límites de lo posible, con el auxilio, en caso necesario, del milagro que es razonable ó aun necesario hacer intervenir.

El abate M. Lambert hace á la universalidad absoluta del diluvio una objecion más extraña todavía, y que yo sólo indico en razon del valor extrínseco que le dá la pluma

de un doctor en teología. Dicha objecion fúndase en el pequeño ramo de olivo verde, que la paloma al volver al arca llevaba en su pico. (*Diluvio*, 1.^a edicion, página 119, línea 19 y siguientes.) «¿Es creíble acaso que algunas plantas aéreas y terrestres, tan delicadas como el olivo, hayan podido vivir y reverdecer, despues de estar un año todo entero sumergidas en las aguas? Este hecho seria contrario á todas las leyes de la fisiología vegetal. La ciencia verdadera, la bolánica, no pudiera enseñar que las plantas aéreas y terrestres puedan vivir completamente sumergidas en el agua. Por consiguiente, preciso es admitir que la paloma debió tomar en alguna parte un ramo verdeante, y ella no pudo procurárselo más que en el caso de un diluvio limitado. Mas, como primera contradiccion lamentable, harto natural ¡ay! en quien se halla colocado en el terreno de lo falso, de ese ramo verdeante, que él invoca contra la doctrina generalmente admitida del diluvio universal, M. Lambert hace, página 9, una *hoja mascada*. Pues bien, ¿cómo pudiera declararse materialmente imposible, contrario á todas las leyes de la fisiología vegetal, á los principios verdaderos, que la paloma hubiera encontrado sobre un olivo anegado por las aguas del diluvio la materia de una hoja masticada? ¡Segunda contradiccion, ó mejor dicho, divagacion más inconcebible todavía! Admitámoslo por un instante: la vuelta de la paloma con el ramo verdeante es una prueba irrecusable del diluvio limitado; el ramo verdeante fué cogido en una region perdonada ó preservada! Empero, la pobre ave acaso no hubiera debido evidentemente, en su primera salida, mucho más que en la segunda, alcanzar dicha region privilegiada? No importa, su instinto pudo engañarla. En un segundo esfuerzo, ella llegó al fin. Mas ¿qué resultará de ahí respecto del diluvio restringido de M. Lambert? Una montaña de dificultades que le aplastarán. Soldada en la madrugada, la paloma pudo volar cinco horas en línea recta, tres horas para ir y tres para volver. Eso es mucho, es demasiado tal vez para una ave desparvorida que no puede

posarse, ni tomar un instante de reposo. Concedamos á su vuelo la velocidad media de diez leguas por hora; suponed que la tierra preservada se hallara á treinta leguas de distancia; poned cuarenta leguas, sesenta si se quiere; superad la rapidéz máxima del palomo arrebatado, adiestrado para viajes lejanos ¡diez y ocho leguas! ¿Qué se desprenderá de ahí? que la tierra habitada por el género humano, que la tierra inundada por el diluvio de Moisés era una zona de treinta ó sesenta leguas de radio, una pequeña fraccion de nuestra Francia. Mas quién sabe si en la idea de M. Lambert, la region preservada, alcanzada por la paloma, fué á distancia, no en longitud, sino en elevacion? El olivo pudo hallarse en las cimas de las montañas ó collados circunvecinos. Pues bien, esa hipótesis es contradictoria con el sagrado texto, que quiere que todas las montañas del horizonte hayan sido cubiertas de agua. El diluvio de dicho señor fuera, pues, harto microscópico.

Empero, volvamos al fondo de la objecion y discutámosla; porque esa discusion nos hará conocer mejor la naturaleza del diluvio mosaico, harto desfigurado por la falsaciencia ó la ciencia á medias. «Si, decia el abate M. Lambert, en el mismo lugar, el diluvio fué universal, de cuya universalidad absoluta toda vegetacion debió ser trastornada y aniquilada, y todo el suelo subvertido y arruinado, siendo muy cierto que nada debió resistir á la accion de las aguas, ¿cómo explicar entonces la existencia de ese ramo verdeante, de otro modo que por un milagro? Trabajo nos cuesta el comprender esa manera de razonar. Trátase simplemente de un suelo inundado; ¿por qué, pues, pasar de un salto á la vegetacion trastornada y aniquilada, al suelo subvertido y arruinado, á la accion de las aguas impetuosas? En el sagrado texto no es cuestion de nada de eso. Si allí se dice que las aguas iban y volvian, trátase muy simplemente de los movimientos de vaiven, de avance y retroceso, de las aguas que se retiran ó que se evaporan bajo la accion de los vientos. El Génesis no hace alusion alguna á esas corrientes violentas que lo

hubieran desarraigado todo, y que sobre todo hubieran arastrado el arca muy lejos. El no dice de ningun modo que el arca haya recorrido muy largas distancias. La Armenia, donde el arca se detuvo, no dista mucho de su punto de partida. El Génesis no habla de la destruccion de las plantas, sino solamente de todo aquello que, en la superficie de la tierra está animado por un alma viviente, por el soplo de la vida. El supone, por el contrario, la conservacion del reino vegetal, puesto que Noé no recibe órden alguna especial de tomar consigo las semillas de todas las plantas, y que sólo las toma de hecho en tanto que hállanse adheridas á las plantas disecadas que debian servir para la alimentacion de los animales. Trátase, por otra parte, de un suelo simplemente inundado por aguas probablemente tibias; toda vez que ellas procedian en su mayor parte de los vapores precipitados en el seno de una atmósfera caliente. Trátase igualmente de un olivo, planta de hojas coriáceas, persistentes, asaz poco delicadas, que habian podido subsistir muy bien debajo del agua en el estado de verdor durante algunos meses. ¿Por qué causa esa conservacion temporal fuera imposible, absurda en historia natural, contraria á todas las leyes de la fisiología vegetal? Si se investigaran bien, si se estudiaran detenidamente los hechos de inundacion, se echaria de ver sin trabajo alguno que ciertos arbolillos más delicados que el olivo fueron conservados debajo del agua por espacio de más de ciento cincuenta dias. Yo no veo ahí dificultad alguna.

En su excelente disertacion, *del Diluvio bajo el punto de vista científico y teológico*, folleto in-18° de 90 páginas, extractada de la *Enciclopedia católica*, y publicada por M. Parent-Desbarres, pág. 79, el abate M. Maupied, el animoso colaborador de M. de Blainville, se expresa así: «Las aguas del diluvio sólo permanecieron cuatro ó cinco meses sobre las montañas, y aproximadamente un año sobre las llanuras y en los valles; una permanencia tan corta de las aguas no pudo destruir completamente los vegeta-

les. Respecto de los árboles grandes, el temblor de tierra de Abmenabred, en las bocas del Indus, nos prueba que ellos pudieron ser conservados. Aquel terremoto ocurrido en 1819 hundió bajo las aguas del mar el fuerte de Sendrée y toda la comarca circunvecina, en una estension de unas doce leguas sobre siete de ancho. En 1828, es decir, nueve años despues del suceso, el capitán Barnes, al visitar aquellos lugares en una lancha, vió circular á los peces por entre los árboles que quedaron en pié... El flujo y reflujo de los mares que depositan dos veces al día sobre muchas costas arenas y margos, no bastan desde algunos siglos para destruir allí toda vegetacion. ¿Quién no conoce el poder prolífico de los granos, la vivacidad de las plantas, de las raíces, de los vástagos, etc.? Nosotros nos guardaremos bien de invocar el testimonio de Teofrasto (lib. VI), y de Plinio (lib. III, cap. XXV), que aseguran que el fondo del mar Rojo está plantado de arbustos, de olivos y laureles, ni la autoridad del autor del libro de la Sabiduría, afirmando (cap. XIX, v. 7-8) que el fondo desecado de dicho mar ostentóse como un campo de verdor, *campus germinans*. Opondremos al abate M. Lambert un razonamiento muy sencillo: ¿Por qué la paloma no hubiera ido la vez primera como la segunda sobre la tierra no sumergida? El primer día, su terror en vista de aquella inmensa inundacion debió ser excesivo, y debió extender su vuelo mucho más allá que en la segunda salida. Y gno es acaso evidente que el olivo sobre el cual ella pudo posarse la vez primera, puesto que no regresó hasta la tarde, no se hallaba sumergido ocho días antes?

Estos términos tan claros—y ello es un gran triunfo para la revelacion, atendido que esta simplifica extraordinariamente la cuestion del diluvio, haciéndola enteramente ajena á la geología—bastan para probar que, en efecto, el diluvio de Noé fué tal, que el reino vegetal no quedó destruido, y que la superficie del suelo, como se habia supuesto temerariamente, no fué necesariamente trastornada, aniquilada, arrastrada y arruinada. Las aguas retirán-

dose hicieron reaparecer el olivo con toda su lozania, y así sucedió sin duda respecto de un gran número de plantas. Así el sagrado Texto hace salir del arca sin zozobra alguna á todos los animales que ella encerraba, mamíferos, aves, reptiles, etc., y cada uno de ellos halla su comida enteramente dispuesta. Noé mismo vió desde luego ostentarse ante sí las legumbres verdes que debían formar la esencia de su alimentacion, *olera viventia*; él se hizo inmediatamente agricultor y plantó la viña. Empero, antes de tratar del diluvio bajo el punto de vista geológico, examinemos algunas de las hipótesis más comunes sobre el diluvio circunscrito.

«Las expresiones de que se sirvió Moisés, dice M. Glaire (*Los Libros santos vindicados*, última edicion, tomo 1.º, pág. 366), significan realmente en su sentido natural y obvio, un diluvio absolutamente universal; sin embargo, como por una parte las expresiones más generales son susceptibles de sufrir cierta restriccion en su sentido, puesto que de hecho hay en la santa Escritura una multitud de pasajes en que las expresiones más universales deben ser forzosamente restringidas; y que, por otro lado, la universalidad absoluta del diluvio permanece rodeada de algunas dificultades, si no insolubles, al menos muy graves, por ejemplo, la inmensa cantidad de agua necesaria para cubrir la cima de las más altas montañas; y como por último, el fin que debía alcanzarse, ó el ejercicio de la Justicia divina, se encuentra completamente alcanzado por un diluvio limitado, que hubiera inundado el mundo habitado y destruido toda la raza humana, no parece rigurosamente demostrado que el relato del Génesis deba necesariamente entenderse de un cataclismo general, que hubiere cubierto con sus aguas absolutamente toda la superficie de la tierra.

«En la época de aquella catástrofe, dicen los partidarios del diluvio circunscrito, época bastante cercana del origen del mundo, los hombres, verosíblemente, no se habian multiplicado mucho todavía; ellos no se habian desparramado aún más que en un círculo poco extenso, y